



**NÚMERO 28**

**ABRIL 2019**

**BUENOS AIRES**

**ISSN 1669-9092**

---

**AXIOLOGÍA<sup>1</sup>**  
**Alejandro Korn<sup>2</sup>**

I

Pensar es relacionar. Toda relación ha de tener dos términos. Aun los contrarios, si bien se oponen, se apoyan y se justifican. He ahí la fuente de todos los dualismos. El principio de la razón suficiente ejerce un imperio despótico sobre toda concepción discursiva. La historia de la filosofía es la historia de los dualismos concebidos por la mente humana. La metafísica es la historia de las hipótesis de estos dualismos. Es también el resumen de los esfuerzos intentados para superarlos y reducirlos a un concepto único que luego, apenas creado en nuestra mente, se vuelve a desdoblar.

---

<sup>1</sup> Publicado originalmente en Editorial Nova, Buenos Aires, 1959, pp. 100-105.

<sup>2</sup> Filósofo y Médico argentino (1860-1936). Personalidad destacada en el ámbito de la medicina y de la filosofía, enseñando ambas en universidades argentinas. El tema de la libertad y de los valores fueron centrales en su pensamiento.

Recordemos algunos de los dualismos clásicos, pues no es posible agotar la lista: espíritu y materia, esencia y existencia, noúmeno y concreto, necesario y contingente. En el dominio de las ciencias empíricas hallamos la misma obsesión: causa y efecto, materia y fuerza, acción, continuidad y discontinuidad, etcétera.

Todos estos dualismos son operaciones mentales perfectamente legítimas, de las cuales no podemos prescindir si nos proponemos reflexionar, meditar, inferir, abstraer o sistematizar. Para captar la realidad no disponemos de otro molde.

Pero se trata de una capacitación meramente simbólica. No el resultado de nuestro análisis, los integrantes de nuestro raciocinio, los conceptos abstractos, los esquemas sistematizados, con la realidad misma. No confundamos las categorías del conocimiento con las categorías del ser.

Cuando sin renunciar a la sinceridad lógica olvidamos estas cautelas, caemos por último en la antinomia de dos enunciados opuestos, inconciliables entre sí, si bien igualmente racionales. Más allá de la antinomia está lo irracional; nos salvamos con una solución arbitraria, impuesta no por nuestra razón, sino por nuestra voluntad. La tentativa de hallar una síntesis ontológica, una concordancia de los opuestos, termina siempre del mismo modo: o estrangulamos a uno de los gemelos o inventamos a un tercero en discordia, que sin demora engendra a su adversario. Grave —o quizá cómica— se vuelve la situación si hemos cometido el desliz de hipostasiar los segmentos antagónicos y luego no atinamos a soldarlos de nuevo. Nos aflige un problema que, como nos previno Kant, nosotros mismos nos hemos creado. Los conceptos opuestos, cuya conciliación perseguimos, los hemos abstraído de la realidad viviente, una y compleja a la vez. Hemos confundido una vez más el *modus cognoscendi* con el *modus essendi*. La unidad anhelada precede a nuestro análisis, pero es impensable, pues el primer acto del pensar consiste en fragmentarla.

Conscientes del carácter ambiguo de los dualismos, no podemos, sin embargo, renunciar a su empleo. Sólo nos queda el recurso de ser prudentes en la elección. Para nuestro objeto elegimos dos. Del punto de vista de la ontología, *sub specie*

*aeternitatis*, no han de valer más que los otros; ofrecen, empero, la ventaja de no ser meras creaciones del raciocinio, desprovistas de contenido intuitivo. Se trata de elementos actuales del proceso psíquico, de datos de la conciencia, inmediatos hasta el extremo de disimular a la intuición ingenua realidades evidentes.

En primer lugar, distingamos lo real de lo ideal. Sea real cuanto concebimos en el espacio y el tiempo; ideal aquello que imaginamos desvinculado de estas condiciones. Cedemos lo ideal a la metafísica, dueña del problema ontológico.

A la realidad tempo-espacial vuelve a partirla la oposición fundamental del sujeto y del objeto, conceptos correlativos, pero bien delimitados. No hipostasiamos ninguno de los dos. Nos referimos sólo a la experiencia viva, pues toda ella reposa sobre la trabazón recíproca de estos dos filones de la realidad. No puede el uno subsistir sin el otro.

Hágase cargo la ciencia del hemisferio objetivo. Madre candorosa, jamás ha puesto en duda la realidad del objeto de sus afanes; lo observa, lo mide y lo arrulla con cifras y logaritmos y le inventa las fábulas oportunas. Siempre exacta y rigurosa, cumple con su deber y su retoño prospera.

Aliviada de menesteres cosmológicos y ontológicos, todavía le resta a la filosofía algún dominio, no tan amplio ni tan vago como el ancestral, pero mejor circunscripto. Se reserva la filosofía al sujeto. Este sujeto no es despreciable; solemos designarlo con el cariñoso pronombre yo. Carece de dimensiones mensurables y no por eso es irreal, pues se desenvuelve en el tiempo. Por poco creemos palparlo. No vamos a hablar de ningún desconocido, ni vamos a hacer un juego de palabras. Puede la sutileza dialéctica reducir el individuo a una abstracción; no puede suprimirlo. Goza de buena salud, pese a todas las asechanzas. Es que también es un hecho concreto. Este hecho concreto nos interesa sobremanera, casi de una manera egoísta. Vamos a examinarlo.

## II

Al aparecer el hombre, sólo una diferencia anatómica lo separaría de los demás animales. No podemos concebirlo sino como un haz de reacciones biológicas apenas entretejidas por una conciencia crepuscular. En torno vislumbraría la hostilidad del medio; en su propia enjundia los impulsos brutales del instinto. Pero este animal erecto, en lugar de amoldarse pasivo a las modalidades del ambiente y de resignarse en la esfera de sus medios orgánicos, suple con arte su flaqueza, opone su hoguera y su hogar al rigor de la intemperie, se asocia con sus semejantes, prevé las contingencias desconocidas. Si con la herramienta centuplica la fuerza de su puño, a su mente la arma con el instrumento de la voz articulada. En lugar de someterse se subleva; en vez de adaptarse concibe la empresa titánica de sojuzgar el ambiente a su querer. El hombre es el animal rebelde.

Es así como se aleja de la animalidad; hasta se anticipa al logro de sus afanes; con ingenua petulancia antropocéntrica desconoce su origen, se define como ser racional y se supone radicalmente distinto de la bestia. Al fin, premio de su tenacidad, llega a tener razón a medias.

En esta brega, a la naturaleza, es decir, a la coerción de las fuerzas físicas, se ha opuesto la obra de la voluntad humana, la cultura. Dos dominios heterogéneos. Reales ambos, pues se desenvuelven en el espacio y el tiempo, entregamos el primero —objetivo, espacial, mensurable— a la sistematización matemática de las ciencias; reservamos el otro a disciplinas de distinta índole, informadas por la psicología<sup>3</sup> y la historia. Reconstruimos el proceso de la evolución cultural, rememoramos las peripecias de una lucha milenaria, luego ofrecemos este material a la reflexión filosófica, que intenta especificar los resortes íntimos de tanto esfuerzo y el secreto de sus propósitos.

---

<sup>3</sup> Este psicologismo nada tiene que ver con la psicología anatómica que en nuestro país alcanzó a ser una calamidad nacional.

No es difícil hallar la diferencia característica entre las ciencias naturales y las culturales. Aquéllas se desempeñan con el concepto de la causalidad, en éstas prevalece el concepto de la finalidad. La filosofía positivista del siglo pasado desconoció esta dualidad; quiso a todo trance construir un monismo determinista. Así pudo equipararse la creación de la *Divina Comedia* al crecimiento de un hongo sobre el tronco de un árbol. Procesos análogos. ¿Qué ocurre? El hecho natural nos es dado, está sustraído a nuestra voluntad; al hecho físico no podemos discutirlo, sólo cabe comprobarlo y si acaso medirlo. No perturbemos a la ciencia en su tarea. Respetemos sus métodos y su relatividad empírica y no pretendamos suplir sus deficiencias con las divagaciones especulativas de una híbrida *Naturphilosophie*. El génesis cósmico no tolera ya una solución dogmática o metafísica.

Pero a fuer de seres sensibles y activos, el hecho no nos es indiferente; nos afecta, nos obliga a tomar una actitud; con nuestro criterio lo apreciamos; nuestra voluntad —afirmativa o negativa— le atribuye un valor. *Llamaremos valoración a la reacción de la voluntad humana ante un hecho. Lo quiero o no lo quiero, dice. Llamaremos valor al objeto de una valoración afirmativa.* <sup>4</sup>

¿Qué ha querido, pues, la voluntad de las gentes? Toca a la filosofía hallar la contestación. El objeto de la filosofía es el hombre, esto es, el sujeto valorante. En tanto no invada el dominio de las ciencias exactas o de la especulación metafísica, la filosofía es teoría de los valores o sea axiología. Contempla la multiplicidad de las valoraciones, las agrupa, distingue y califica, estudia su génesis, su jerarquía y su trasmutación, discute su alcance y amplitud y, por fin, su posible síntesis.

Como toda teoría, no puede llenar su cometido sin abstraer de los casos singulares y concretos los conceptos necesarios para construir su esquema. Al enunciar estos conceptos, obtenidos a posteriori en los términos verbales del idioma, los empleamos como mero vehículo de la mutua comprensión y

---

<sup>4</sup> Coriolano Alberini define: “Denominamos por ahora valor a toda actitud telética, la cual puede ser consciente o inconsciente, motriz o contemplativa.” Esta definición, naturalmente, es mucho más técnica que la mía. No empleo la jerga gremial por dos razones: primero, porque me desagrada; segundo, porque la ignoro. Nada impide anteponer la segunda a la primera.

prescindimos, por ahora, de todo conato ontológico o normativo. Si estos conceptos, además de su función nominal, poseen otra, es materia de su valoración gnoseológica.

Ya hemos recordado que las ciencias de los hechos mensurables operan con la categoría de la causalidad: todo hecho lo refieren al antecedente necesario y pretérito. La voluntad, en cambio, postula propósitos a realizarse en el futuro. La axiología, de consiguiente, refiere toda valoración a una finalidad inmediata, próxima o remota.

El menester filosófico de elevarse de lo particular a lo universal subordinará la valoración del hecho singular a su concepto más inmediato, incluirá a éste en otro más extenso y abstraerá gradualmente conceptos que acrecen en amplitud y decrecen en contenido. Cuanto más abstractos sean más se aproximará su contenido al cero. Pero si se trata de conceptos axiológicos se advertirá, además, que, por tratarse de finalidades no alcanzadas aún, se proyectan en el porvenir y se diseñan como vagas aspiraciones ideales, miraje último que flota sobre el perpetuo vaivén de su realización histórica, parcial y deficiente.

Se hallará, pues, al lado de cada finalidad ideal, su relativa expresión pragmática, distinta en los distintos grupos humanos, diversa en cada etapa del devenir cultural. Aclaremos lo dicho con un ejemplo: un determinado acto que afecta las relaciones mutuas de los hombres se califica de justo o de injusto. De numerosas valoraciones de este orden surge la idea de una perfecta convivencia social, la idea de Justicia, que halla su expresión precaria en el derecho vigente. De manera análoga es posible organizar la escuela infinita de las valoraciones, señalar sus caracteres específicos, descubrir sus finalidades y distribuir las para su estudio entre las disciplinas especiales.

La valoración, ante todo reacción de la hombría, se desenvuelve en función de los hechos que la provocan. En primer lugar, el hombre se halla ante el conjunto circunstancial del ámbito biológico en el cual ha de afirmar su existencia material; distingue los hechos útiles y nocivos, los agradables y los desagradables. Apenas

satisfechas estas necesidades perentorias, la coerción no menos apremiante del instinto conservador de la especie, le obliga a tomar una actitud frente al sexo opuesto. A poco andar, tropieza con sus semejantes, con quienes ha de reñir o concordar. No sólo de estos factores visibles depende; poderes ocultos intervienen en su suerte, le oprimen, le favorecen; no por esto se arredra. Por fin asoma la primera reflexión; acaba de descubrirse a sí mismo, vacilante, ante los impulsos instintivos y los consejos previsores de la autodisciplina. Esto le obliga a llamar a juicio su propia obra. Ya surgen en su mente conceptos, normas, inferencias, motivos de una estimación ética, estética y lógica.

Si coordinamos estas valoraciones, su efectividad histórica y sus finalidades ideales, ya es fácil clasificarlas *grosso modo* en grupos homogéneos, sin olvidar que el cuadro actual refleja la evolución complicada de formas embrionales. En un ángulo agudísimo se separaría el hombre del animal; sólo en el largo trecho recorrido la distancia se ha magnificado.